



## Un camino a través del mundo: un lector de Josemaría Escrivá

*John Wauck, profesor en la Universidad de la Santa Cruz, Roma*

10.4.2010

"Un camino a través del mundo", es el título de una antología de textos de San Josemaría publicada por la editorial Edicep. La obra, que incluye citas de sus libros, homilías, entrevistas, cartas y apuntes personales, ha sido elaborada por John Wauck.

En la introducción del libro el autor habla de la personalidad de San Josemaría Escrivá y del contexto cultural en que nació el Opus Dei.

*Es más difícil encontrar un camino a través del mundo que caminar tras él.*  
"Respondiendo a Papini", Wallace Stevens

### Introducción general

En 1925, en su gran obra "El Hombre Eterno", el escritor inglés G.K Chesterton centró su atención sobre lo que él llamaba los "enigmas" del Evangelio, y, hablando sobre los treinta misteriosos años de Jesucristo, llamados "años de vida oculta" en Nazareth, hizo esta observación:

*De todos sus silencios, éste es el que más impresiona por su inmensidad e imaginación. Pero no es aquello que cualquier persona es proclive a inventar para probar algo; y nadie que yo conozca, ha tratado nunca de probar algo con ello. Es impresionante, pero solamente es impresionante como un hecho: no hay nada de ello particularmente popular u obvio como una fábula. (Chesterton, El hombre eterno) (1)*

Poco sabía aquel creador de las historias del Padre Brown, que en aquellos años un joven sacerdote español, de Barbastro, en Huesca, iba a descubrir el profundo significado de aquellos años olvidados, encontrando en ellos el modelo para un

nuevo sendero hacia la santidad en la Iglesia Católica. Precisamente tres años después, en 1.928, el sacerdote de 26 años, Josemaría Escrivá, vió claramente la tarea a la que iba a dedicar su vida: la búsqueda de la santidad en el trabajo a través de la vida ordinaria de cada uno, siguiendo el ejemplo de los años de carpintero de Jesucristo en Nazareth. Los mismos años que Chesterton encontró tan opacos, para este Josemaría Escrivá sacerdote, estaban llenos de lecciones luminosas:

*«Toda la vida del Señor me enamora. Tengo, además una debilidad particular por sus treinta años de existencia oculta en Belén, en Egipto y en Nazaret. Ese tiempo "largo", del que apenas se habla en el Evangelio, aparece desprovisto de significado propio a los ojos de quien lo considera con superficialidad. Y, sin embargo, siempre he sostenido que (...) fueron años intensos de trabajo y de oración, en los que Jesucristo llevó una vida corriente "como la nuestra, si queremos", divina y humana a la vez; en aquel sencillo e ignorado taller de artesano, como después ante la muchedumbre, todo lo cumplió a la perfección».* (Amigos de Dios, 56)

Esta nueva forma de buscar la santidad recibiría el nombre de "Opus Dei" (Obra de Dios en latín) y se extendería por todo el mundo. En 2002, el joven sacerdote –cuyos escritos están recogidos en esta antología de textos–, entraría en el Calendario litúrgico de la Iglesia como San Josemaría Escrivá.

Nacido en Barbastro, en la provincia de Huesca el 9 de enero de 1.902, creció allí y más tarde en Logroño donde se instaló su familia en 1.915, después de que la empresa de su padre quebrara. Inspirado por las huellas impresas en la nieve por un carmelita descalzo, el joven Josemaría se dio cuenta de que Dios quería algo de él y, para prepararse entró en el seminario local, estudiando allí y más tarde en Zaragoza donde también cursó los estudios de Derecho Civil. (Posteriormente se doctoró en Derecho Civil y Canónico).

Cuando falleció su padre en 1924, Escrivá, que aún no había recibido el diaconado, se encontró a la cabeza de su familia, responsable de su madre, de su hermana mayor y de su hermano pequeño; tres hermanas pequeñas habían muerto años antes. En marzo de 1925 fue ordenado sacerdote y después de trabajar dos años en la Diócesis de Zaragoza, se trasladó con su familia a Madrid para continuar con sus estudios de Derecho.

Por aquel entonces en Madrid era Capellán de una organización caritativa, trabajaba intensamente en los hospitales y barriadas pobres, enseñando el Catecismo, confesando y atendiendo a los moribundos. Al mismo tiempo, pedía al

Señor que le hiciera ver su voluntad: durante aquellos años, su oración constante era el mismo clamor de Bartimeo, el ciego del Evangelio -*Domine, ut videam!*, Señor, ¡que vea!. Un año después de su llegada a Madrid, el 2 de octubre de 1928, mientras hacía unos ejercicios espirituales, vio finalmente la tarea espiritual que Dios le estaba encomendando. Fue este suceso lo que provocó un giro definitivo en su vida. A partir de ahí la biografía de Josemaría Escrivá se hizo inseparable de la historia del Opus Dei.

De alguna manera, cuando Escrivá habla de encontrar a Dios en las cosas y sucesos del mundo, el lector podría preguntarse ¿qué “mundo” tenía en su mente? ¿Cuál era el mundo que él conocía?

El Opus Dei vino al mundo entre dos grandes guerras, en medio de oscuros sucesos y cambios dramáticos a finales de la década de los 20. Eran momentos de transiciones y torbellinos, de tradiciones abandonadas y redescubiertas. En 1928, el año en que san Josemaría fundó el Opus Dei, sus coetáneos y compatriotas Salvador Dalí y Luis Buñuel estaban rodando el clásico y surrealista film “El perro andaluz”. Ese mismo año una escritora católica conversa, la novelista noruega Sigrid Undset, autora de “Cristina hija de Lavrans” ganó el Nobel de literatura. Otro católico convertido hacía poco, estaba terminando “Adiós a las armas”. Evelyn Waugh, camino de su conversión al catolicismo estaba publicando su novela “Decadencia y caída”.

Durante las Olimpiadas de ese mismo verano en Ámsterdam, pudo el mundo admirar al nadador Johnny Weissmuller - el más tarde famoso Tarzán,-que ganó dos medallas de oro. Un año después de la fundación del Opus Dei, Maurice Ravel fue premiado en París por su famoso Bolero y, al otro lado del Océano, “Mickey Mouse” de Walt Disney hacía aparición en su primer film. El año anterior, Charles Lindbergh había hecho solo el primer vuelo a través del Océano, el director de cine australiano Fritz Lang creó su obra maestra “Metropoli” y la película de Al Jolson “El cantante de Jazz” anunció el final de la era silenciosa del cine con las famosas palabras: “Todavía no habéis oído nada”.

Un año después, en 1929, el catastrófico hundimiento del Mercado hizo surgir “la Gran Depresión” y, en Italia la firma de los Pactos Lateranenses hizo que finalizaran para el Papa, las largas décadas como “prisionero del Vaticano”. En la península ibérica las tensiones políticas llevaban a España a una sangrienta guerra civil que iba a tocar de lleno a san Josemaría.

Podemos decir que éste era “el mundo” que san Josemaría conoció. Lejos de sentirse distante de estos hechos contemporáneos, estaba hondamente metido en ellos. Sus diarios desde 1930 revelan que era un ávido lector de la prensa

diaria. Mas importante aún, vio que era precisamente este mundo el que debía albergar el espacio para la contemplación y para el encuentro personal con Dios. En este Volumen, (en el capítulo “Hijos de Dios”), uno puede leer el propio relato de san Josemaría sobre la más elevada oración que disfrutó.

Sucedió el 16 de octubre de 1931, no mucho después de fundar el Opus Dei, en los primeros años de la segunda República en España y es digno de señalar que esa intensa oración tuvo lugar, no en una Iglesia o en el pico de la montaña, sino en un tranvía mientras san Josemaría iba leyendo el periódico. Jamás olvidó este momento.

Lo más llamativo, sin embargo, acerca de los primeros años del Opus Dei es la fe del joven Fundador. Para traer al mundo una nueva institución en este período de intensas emociones políticas, con una enorme audacia y una gran inseguridad en muchos campos (sociales, económicos, culturales) se enfrentó a serios obstáculos.

El mismo sacerdote que tenía que mantener a su propia familia, no tenía recursos económicos. Como solía decir con frecuencia, cuando comenzó el Opus Dei no contaba más que con “26 años, la gracia de Dios, y un buen humor”. Al principio, muchos no le entendían. La novedad del mensaje hizo que algunos le llamaran hereje y loco.

Las vocaciones llegaban lentamente y algunos de los primeros miembros dejaron el Opus Dei o fallecieron prematuramente. Luego, en 1936 comenzó la guerra civil. Como consecuencia, el puñado de los primeros se dispersó a lo largo y a lo ancho de España. La persecución religiosa en la zona republicana, que quitó la vida de miles de sacerdotes, y una docena de obispos, forzó a Escrivá a esconderse al comienzo de la guerra y más tarde, en 1937 escapó a través de los Pirineos a Francia, para establecerse después en Burgos.

Cuando en 1939 terminó la guerra civil, el único Centro del Opus Dei había sido bombardeado y estaba destruido, el fundador con 37 años retomó el trabajo interrumpido por la guerra, empezando prácticamente de nuevo. Aún así en sus escritos de esa época no muestra síntomas de desánimo sino más bien la inamovible convicción de que era una obra de Dios y no suya. El Opus Dei estaba destinado a crecer y a esparcirse a lo largo del mundo entero. Un fruto emergió de los años de la guerra: su famoso libro Camino, una colección de 999 puntos de reflexión y de oración, publicado en 1939 y del que se vendieron cerca de un millón de copias.

Tan pronto terminó la Segunda Guerra Mundial, san Josemaría se trasladó a Roma y la Ciudad Eterna se convirtió en su hogar hasta el final de su vida. La misma fe que necesitó en España la tuvo durante sus años romanos. Antes de que fuera aprobada por la Santa Sede, y encontrara su propio lugar en la estructura de la Iglesia, la nueva organización hubo de superar las más grandes dificultades canónicas y jurídicas. Con el fin de dirigir el Opus Dei a través de este camino jurídico y de apostolado por todo el mundo (eran años de expansión por Europa y por las Américas), Escrivá, que casi nunca se dejaba ver por Roma, se apoyó menos en sus propios talentos que en la efectividad de la oración silenciosa, el trabajo sereno y en el propio sacrificio. Cuando llegó en 1946 pasó la primera noche en un apartamento de la Plaza de la Citta Leonina , mirando desde su ventana hacia la Ciudad del Vaticano, y rezando por la persona e intenciones del entonces Papa Pio XII.

La reacción inicial en Roma ante esta nueva realidad del Opus Dei no resultó muy animante. A los primeros miembros que hablaron con personas relevantes de la Santa Sede se les dijo que llegaban con cien años de antelación. El Opus Dei no entraba en las categorías del momento. La Iglesia no estaba preparada para una nueva vocación a la santidad para el laicado en medio del bullicio del día a día en el mundo.

Sin embargo, el futuro llegó mucho antes de lo soñado, no hizo falta esperar un siglo para que el Opus Dei fuera erigido como la primera “Prelatura Personal” en 1982 por el Papa Juan Pablo II. Un nuevo modo de jurisdicción pastoral de sacerdotes y laicos bajo un Prelado, sin un límite territorial. También, antes de que pasara un siglo, el fundador era ya santo. Otra nueva ironía de la historia.

\*\*\*

Con el fin de clarificar el mensaje del Opus Dei, en palabras de su fundador, “tan viejo como el evangelio y como el evangelio nuevo”, esta antología lo presenta como el redescubrimiento de un sendero antiguo, ya conocido, pero también se refiere a algunos de los aspectos específicos de este camino, característicos de la modernidad: el valor del trabajo humano; la búsqueda de sentido en un mundo secularizado; la apreciación del hombre corriente y de su existencia cotidiana.

De alguna manera, representa la “popularización” de la santidad, no por hacerla más fácil, no “tirando hacia abajo”, sino poniéndola como ejemplo accesible a cada uno de los cristianos bautizados. El mensaje de san Josemaría se anticipa a las palabras de Juan Pablo II sobre la santidad cristiana al comienzo del Tercer Milenio:

“Este ideal de perfección no debe ser mal entendido, como si significara una especie de existencia extraordinaria sólo posible para unos cuantos “héroes poco comunes” en la santidad. Son muchos los caminos de santidad según la vocación personal de cada uno. “Doy gracias a Dios que en estos años me ha permitido beatificar y canonizar a un gran número de cristianos y, entre ellos muchos laicos que llegaron a la santidad en las circunstancias más ordinarias. Ha llegado el momento de volver a proponerse de todo corazón y a todo el mundo, este alto nivel de santidad de la vida cristiana ordinaria: la vida entera de la comunidad cristiana y de las familias cristianas, debe caminar en esta dirección.” (Novo Millennio Ineunte, 31)

El Opus Dei podría así ser visto como una revolución democrática en el ámbito de la santidad. De hecho, hay un Cardenal en Roma al que le gusta definir al Opus Dei como una “Revolución Francesa” eclesiológica: se basa en la idea de que la santidad no es un privilegio para una aristocracia o una oligarquía, sino una oportunidad y un deber para cada cristiano.

En su obra “El Origen del Yo: Construyendo la identidad moderna”, el filósofo canadiense Charles Taylor incluye un fascinante capítulo titulado: “La afirmación de la vida ordinaria”. La afirmación de la que habla es una característica reacción moderna de un sentido creciente de alienación de lo cotidiano. La sociedad secular moderna, -comercial, industrial, capitalista, técnica-, ha sido desmitificada, vaciada de todo significado sobrenatural. El mundo ya no se ve como la amorosa y trascendental mano de Dios. Como lo dice Taylor: “En contraste con la plenitud de la epifanía está el sentido del mundo entorno a nosotros, como nosotros lo experimentamos, fuera de toda unión, de la muerte o del abandono” (Charles Taylor. “El Origen del Yo”, p. 422)(3)

Y mientras esta vida cotidiana parece estar vacía de todo sentido específico, es -quiera o no- el lugar donde la mayor parte de la gente encontrará su sentido. Como consecuencia, en el mundo de hoy hay un amplio sentimiento de que el valor de una vida ordinaria tiene que ser, de algún modo restablecido.

Según el novelista americano Walker Percy, “todas las inteligentes estrategias de hoy en día para distraernos de lo cotidiano- a través de los viajes, del sexo, de las distracciones, drogas, nuevos gnosticismos, arte, los últimos artilugios, etc, están de todos modos abocados al fracaso. Lo ordinario no tiene escapatoria: estamos hechos para ello. La solución -dice el autor de “El Cinéfilo”-, miente bastante al abrazar lo ordinario: Requiere lo que Nietzsche llamaría, una transmutación de valores”. Percy dice que “toma un cuidadoso cultivo de lo ordinario”. De hecho, el

Opus Dei podría verse precisamente como eso: un nuevo modo de ver los valores cristianos, “un cultivo de lo ordinario”, no como algo de lo que huir sino algo para acoger. Como dice san Josemaría en “Amar al mundo apasionadamente”, “No hay otro camino, hijas e hijos míos; o aprendemos a encontrar a Dios en lo ordinario de cada día, o no lo encontraremos nunca”. (4)

En mundo se dividió en dos en la guerra entre el comunismo y el capitalismo, y en ese contexto la cuestión del valor del trabajo del hombre pasa a ser una cuestión central. Es en este contexto contemporáneo donde san Josemaría propone un nuevo modo de ver el trabajo, radicalmente opuesto al materialismo dogmático predicado por Marx y del materialismo práctico producido, a menudo, por las sociedades capitalistas. En “Amar al mundo apasionadamente”, incluso habla concretamente de un “materialismo cristiano”.

“Yo solía decir, a los universitarios y trabajadores que venían conmigo en los años treinta, que tenían que materializar su vida espiritual. Quería advertirles de la tentación, tan común entonces y ahora, de llevar como una doble vida. Por un lado la vida interior, de trato con Dios: por otro, como algo separado, distinto, su vida profesional, social y familiar, hecha de las pequeñas realidades terrenas de cada día. Podemos por tanto hablar correctamente de un “Materialismo Cristiano”, frontalmente opuesto a esos materialismos que ciegan el espíritu.” (San Josemaría, Amar al mundo apasionadamente)

Como se puede ver en los párrafos señalados en este volumen, san Josemaría era un escritor de talento, inmerso en los clásicos de la literatura española, con el temperamento apasionado de un artista. De joven, antes de entrar en el seminario, soñaba con ser arquitecto y durante toda su vida estuvo metido a fondo –hasta en los detalles pequeños- en diferentes proyectos de construcción. Durante su estancia en Burgos, mientras duró la guerra civil, le gustaba utilizar las estatuas de lo alto de la Catedral de la ciudad burgalesa para ilustrar el espíritu del Opus Dei: hacer el trabajo para que lo vea Dios.

Cualquiera que haya visto sus trazos rápidos de patos, a modo de caricaturas, muchos de los cuales se conservan en Roma, puede fácilmente ver la espontaneidad tan artística de su personalidad. Por lo tanto nadie se sorprenderá al oírle hablar del desafío de los cristianos en términos estéticamente bellos. En su homilía “Amar al mundo apasionadamente”, afirma que la vocación del cristiano consiste en “hacer endecasílabos de la prosa diaria”.

Entendió bien –de una manera específicamente cristiana, aquello que el poeta Wallace Stevens (1.879-1.955) quiso decir cuando escribió que “los grandes

poemas del cielo y del infierno ya han sido escritos mientras que, el gran poema de la tierra queda aún por escribir”. Se podría decir que, para san Josemaría, el cristiano está llamado a hacer lo que hizo Vermeer en la pintura: transformar la materia de cada día –la rutina, lo banal- en una obra maestra divina.

Aunque el mensaje del Opus Dei habla con una fuerza especial a la sensibilidad moderna, al final, como la misma vida ordinaria, antigua o moderna, no pertenece a ningún período o cultura.

Realmente no es algo nuevo y jamás quedará obsoleto. Antes bien, se dirige a toda situación humana: a hombres y mujeres que viven en un mundo real, con sus obligaciones, sus penas y sus alegrías. Los términos empleados en este mensaje - el mundo, el trabajo de cada día, la familia,- pueden ser perfectamente aplicables a Adán y Eva... y a todos sus descendientes. De hecho san Josemaría dirige nuestra atención a algo que quizá no forma parte de una imagen estándar de la vida antes de la caída en el Jardín del Edén: Adán y Eva al principio no estaban inclinados a una vida placentera: también en el “Paraíso” tienen un trabajo que hacer. Así como los pájaros vuelan y los peces nadan, el hombre trabaja. San Josemaría no quiso que olvidáramos que el hombre fue puesto por Dios en el jardín para que lo cultivase y, en definitiva, para que trabajara.

Este concepto de vida corriente y de trabajo diario, según el plan original de Dios fue reafirmado en la humanidad de Jesucristo quien dejó como modelo la mayor parte de su vida en Nazareth. Trabajando, sudando, comprando y vendiendo...elevó las realidades humanas a un orden superior. En la reciente película “la Pasión de Cristo”, las fuertes escenas de la flagelación atrajeron, muchas críticas, pero hay una escena en la película que recuerda la sensibilidad de san Josemaría (parece incluso que han sido creadas para ilustrar sus homilías): el flash-back en que se ve a Jesús fabricando una mesa y bromeando con su Madre, María. Esa escena capta un modo de vida que cualquier cristiano puede vivir.

Es la misma vida que muchos primeros cristianos solían vivir, y que san Josemaría utilizaba para explicar el Opus Dei. Podemos encontrar el significado de la santidad que tenían, en la “Epístola a Diogneto”, anónima, en los comienzos del Siglo II:

“Los cristianos en nada se distinguen de los demás hombres ni por su nacionalidad, ni por su lengua o costumbres. No viven en ciudades separadas propias, ni hablan dialectos extraños ni llevan un modo de vida distinto. Sus enseñanzas no se basan en sueños inspirados por la curiosidad humana. A

diferencia de los demás no cantan victoria con una mera doctrina humana. Cuidan el vestir, la comida y su modo de vida en general, siguen las costumbres propias del lugar donde viven, ya sean griegos o extranjeros. Y, sin embargo, hay algo extraordinario en sus vidas.”

Hoy en día este mensaje sigue siendo actual, a pesar de que durante algunos siglos se perdió e incluso en la década de 1930 no se entendía, y así lo enseña la Iglesia Católica Romana, en el Catecismo de la Iglesia Católica, “Todo cristiano en cualquier estado o modo de vida, está llamado a la plenitud de vida cristiana y también a la perfección de la caridad.” Todos están llamados a la santidad: “Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto”.

El fundador del Opus Dei no vio en vida este Catecismo ni vio al Opus Dei erigido como “Prelatura Personal” en 1982, pero si llegó a ver cómo este mensaje fue acogido por la Iglesia en el Concilio Vaticano II, en especial su enseñanza sobre la vocación de los laicos en el mundo:

“La real vocación del laicado, busca el reino de Dios participando en las realidades temporales y ordenándolas al Plan de Dios. Viven en el mundo, es decir en todas y cada una de las profesiones u ocupaciones seculares. Viven las circunstancias familiares corrientes y la vida social donde se teje su propia existencia.

Están llamados por Dios para ejercitar su propia función y, dirigidos por el espíritu del Evangelio han de trabajar para santificar el mundo desde dentro como levadura. De esta manera hacen que Cristo sea conocido, sobre todo mediante el testimonio de su vida resplandeciente de fe, esperanza y caridad”... Sin embargo, aunque en la Iglesia no todos siguen el mismo sendero, todos están llamados a la santidad y han recibido el mismo privilegio de su fe por la justicia de Dios.... Ya que todos sus trabajos, oraciones y tareas apostólicas, su matrimonio y vida ordinaria, sus ocupaciones diarias y su descanso físico y mental si lo hacen con ese Espíritu, e incluso la dureza de la vida llevada pacientemente, todo ello se transforma en un “sacrificio espiritual aceptado por Dios a través de Jesucristo” (Pedro 2, 5) Junto al ofrecimiento del Cuerpo del Señor, se ofrecen apropiadamente en la celebración de la Eucaristía. Así como hay otros en muchos lugares que adoran en una santa actividad, el laicado consagra a Dios el mundo mismo.” (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2013)

Al leer estas palabras en los años sesenta, san Josemaría pudo ver confirmado el mensaje del Opus Dei como uno de los pilares de una nueva cultura de la santidad para la Iglesia en el mundo moderno.

Una década después, tras 50 años dedicados a abrir esta nueva senda de

santidad, moría el 26 de junio de 1975 de un ataque al corazón.

Después de su muerte, alrededor de una tercera parte de los obispos de todo el mundo, escribieron a la Santa Sede para pedir la apertura de su proceso de beatificación, y en 1992 fue beatificado.

Diez años más tarde, en 2002 fue canonizado por el papa Juan Pablo II ante una numerosa multitud de alrededor de 300.000 peregrinos que llenaban la plaza de San Pedro y la Via de la Conciliazione. En esa ceremonia el Papa le bautizó como “el santo dell’ordinario”. “Que tu vida no sea una vida estéril. Sé útil. Deja poso” Estas palabras del comienzo del primer punto de Camino, son las primeras palabras que san Josemaría dirigió a lo ancho y a lo largo de todo el mundo, y son señal clara de que su autor las llevaba clavadas en el corazón.

\*\*\*

Después de los años treinta, san Josemaría llevó una vida corriente, pero, probablemente, la más abundantemente documentada, grabada y filmada de un santo de todos los tiempos, en parte por ser uno de los primeros santos modernos reales, un santo en la era de los aviones, de la radio y la televisión, de los videos. Al final de su vida, se volvió más activo en su vida pública. En 1968 publicó un libro de entrevistas, llamado “Conversaciones”. El libro incluye a modo de apéndice, la homilía “Amar al mundo apasionadamente”.

A principios de los años setenta, hizo una serie de viajes por España y Latino América donde muchas de sus tertulias fueron filmadas. Dos años antes de su muerte, publicó el libro “Es Cristo que pasa”, una colección de homilías siguiendo el ciclo litúrgico del año. No sorprende que parte del gran material de este volumen sea de esta época: una parte de “Es Cristo que pasa” y una obra póstuma, una serie de homilías de temas varios, llamada “Amigos de Dios”.

Aunque san Josemaría era un escritor prolífico, no dejó tratados sistemáticos. En cambio se encuentran sus enseñanzas en una gran variedad de escritos a lo largo de casi medio siglo: cartas, diarios, devocionarios, homilías, entrevistas: por esta razón una antología como la presente, es especialmente útil porque glosa textos esenciales procedentes de un vasto campo de fuentes y las coloca todas entre las tapas de un libro.

Son muchos los criterios utilizados para la elaboración de esta antología. Por encima de todos se ha hecho un esfuerzo para captar la esencia del pensamiento de san Josemaría, único y característico en su enseñanza. Como se podría esperar, Escrivá escribió y predicó extensamente sobre todos los temas

tradicionales de la espiritualidad cristiana. Muchos de esos escritos son realmente bonitos, y varios de ellos se incluyen aquí, pero se ha dado preferencia a aquellos que solamente él – diríamos- podía haberlos escrito.

Centrando el punto de mira sobre los textos más extensos, se han incluido párrafos más breves de algunos puntos de Camino, Surco y Forja con el fin de dar un mayor sentido a la personalidad de san Josemaría. Las homilías publicadas son sus obras más formales, aunque su brillo enmascara a veces la vivacidad tan evidente presente en las grabaciones de sus tertulias y en sus escritos más coloquiales. Las selecciones más cortas –expresivas, llenas de colorido, directas-, nos muestran su sentido del humor y su entusiasmo por las cosas pequeñas.

Los capítulos, divididos en cinco secciones, se han ordenado según una temática específica. Los dos primeros capítulos toman el título de gran parte de dos homilías importantes de 1967, “Amar al mundo apasionadamente” y “Hacia la santidad”. Ambos tratan de la santidad en las cosas de cada día, el primero desde el punto de vista de la relación del cristiano con el mundo, el segundo en la íntima relación de los cristianos con Dios. Y expresan lo que es el corazón de su mensaje: un nuevo camino para conseguir la santidad en medio del mundo. Son como una introducción ideal, como una ojeada a la visión de san Josemaría.

El siguiente grupo de capítulos trata del amor central de la vida de san Josemaría: Jesús, la Santísima Virgen y san José y algunos de los grandes temas de la espiritualidad del Opus Dei: la filiación divina, la vida contemplativa en medio del mundo, la Eucaristía (“Centro y raíz de la vida interior”, como solía decir san Josemaría) y la oración.

Por supuesto para san Josemaría, la íntima unión con Dios y la heroica santidad han de ser buscadas en las situaciones concretas del día a día, y, los siguientes capítulos- que tratan de temas como el trabajo, vida en familia, amistad y apostolado, la caridad cristiana y el sufrimiento, miran hacia cómo un hijo de Dios vive todas estas realidades en un espíritu realmente contemplativo, transformando el día entero en oración.

El penúltimo grupo de capítulos- Libertad, Alegría y Lucha interior- tratan de materias menos tangibles y más importantes. Se trata de captar el concreto tono espiritual, el estilo diríamos, que san Josemaría se esforzó en vivir.

La selección final se compone de tres capítulos que dan el sentido en tres textos que se superponen: como cristiano en la Iglesia, como miembro del Opus Dei, y

como un alma ante un Dios paternal que nos ama. El último de estos capítulos, que abre una ventana a la íntima vida de oración de san Josemaría, es el único autorretrato de un santo -sobre todo - como un borrico.

\*\*\*

Este libro no es una biografía ni un estudio académico: es sólo una antología, una selección de las palabras de un hombre. Sin embargo, parece que, a través de ello, algo ha tomado forma entre líneas. El producto final es, de algún modo, un retrato no sólo de san Josemaría como autor, y de su personalidad, sino también de un nuevo modo de vida, porque los cristianos buscan la santidad en el trabajo ordinario de cada día en el mundo, de manera que se sintió llamado por Dios para hacerlo posible.

En definitiva, en estas palabras de san Josemaría, podemos sin duda verle y escucharle, y conocer lo que era la razón de ser de su propia vida. Esto es inevitable ya que con frecuencia hablaba de "hacer el Opus Dei siendo Opus Dei". De esta manera, cualquier retrato de san Josemaría es necesariamente un retrato nuclear del Opus Dei.

Entre los textos reunidos en esta antología, a través del ejemplo de san Josemaría, el lector puede descubrir una cultura muy concreta de la santidad, e iniciar sus pasos en un nuevo camino para todo cristiano. Con ayuda de la luz derramada por san Josemaría sobre los "enigmas" del Evangelio de Chesterton, descubriremos cómo luchar por ser santos y apóstoles en medio del mundo moderno.

**John Wauck**, nacido en Chicago, es sacerdote de la Prelatura del Opus Dei. Estudió Historia en Harvard. Obtuvo el doctorado en Filosofía y actualmente imparte un curso de Literatura y Fe cristiana en la Facultad de Comunicación Institucional de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz. Antes de ordenarse sacerdote, colaboraba como escritor de discursos de diversas personalidades políticas del Estado de Pensilvania (USA).

## Notas

- (1) Gilbert Keith Chesterton, "El Hombre Eterno"
- (2) Homilía "Trabajo de Dios", en Amigos de Dios, 56.
- (3) Charles Taylor, *The Sources of the Self: the Making of the Modern Identity*, Cambridge University Press, Cambridge 1992, p. 422.
- (4) "New Orleans Times Picayune-States Item", 4 de Septiembre de 1980, citado

en las ediciones de Lewis A. Lawson, Victor A. Kramer, "Conversations with Walker Percy", University Press of Mississippi, Jackson 1985, p. 4.

(5) Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2013, cita del Concilio Vaticano II (Lumen Gentium, 40) e del Evangelio según San Mateo (Mt 5, 48).

(6) Lumen Gentium, 31, 32, 34.